CAMINOS PARA ORAR- 6

Oración de amor

Señor, me muero de esperar sin verlo, pues sólo vivo por la dicha de amarlo, sé que nunca llegaré a poseerlo, pero me falta valor para olvidarlo, Señor no sé de donde vino ese amor que me alegra y me tortura, sólo sé que fue el destino y que para mí, se irá convirtiendo en locura, Oh Señor dame valor un corazón grande para amarlo, y un inmenso valor para olvidarlo Señor, si lo vez dile que lo estoy olvidando, pero no le digas que te lo dije llorando.

Te deseo que estas páginas te ayuden para sumergirte en el amor de Dios. La oración es el camino del Amor.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

Málaga-diciembre-2006

La oración es el camino de la apertura al Amor

« *Alma no te busques nada más que en mi, Oh alma no te busques nada más que en ti.* » Teresa de Ávila. Poesía. Hay un deseo fundamental y fundador en el hombre, que es aquel del Otro. Este deseo se expresa por la oración. La oración que se origina en otro sitio, se enraíza en el corazón mismo del hombre y se orienta hacia el otro, en la relación.

La oración se origina en un lugar que es el aquí y el ahora de Dios, que es Dios mismo. El hombre no está en el origen de su oración. De aquí la importancia de la tradición en todo camino de oración.

La tradición del Carmelo nos libra de las palabras que tenemos que habitar y hacerlas las nuestras. Tenemos que recibirlas como fuente de vida. Tenemos que creer que en un momento determinado, esas palabras han dado vida a los que

nos han precedido: Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Teresa de Lixieux, Lorenzo de la Resurrección, Isabel de la Trinidad, María del Espíritu Santo... Para los cristianos, la palabra por excelencia, es la que Cristo nos reveló: «Padre».

Esta palabra para sólo él es una llamada, un camino y un cumplimiento. Habitarla es unirnos a Cristo en una relación filial con el Padre. Habitarla es recibirme como hijo en el Hijo en todo lo que soy, lo que he sido y lo que seré.

Búscate en mi...

La oración silenciosa se enraíza en el corazón mismo del hombre: « Nuestro corazón, ¿no estaba ardiendo dentro de nosotros mientras nos hablaba por el camino?» (Luc 24,32), « Hijo mío..., más que ninguna otra cosa, vela tu corazón, es de él de quien surge la vida» (Proverbios 4,23).

El lugar de nuestra relación con el Padre es el corazón. Tomar la costumbre de habitar su corazón es seguir a Cristo en su camino de unión con el Padre. Habitar su corazón es intentar estar a la escucha de una vida que se dice, que emerge, a pesar de las heridas y el peso de los días, es estar atento a los lugares de fecundidad en sí que están a la espera de una palabra que rompe la prueba de la esterilidad.

Me busco en ti

La oración se orienta hacia el Otro, hacia el Dios Trinitario: « Como tú, Padre, tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros» (Juan 17,21) Así es como Cristo dice su deseo de vernos unidos al Dios Trinidad. La oración logra en nosotros este deseo de estar unido al que « es, que estaba y que vine».

San Juan de la Cruz en su cántico espiritual lo

expresa así: « Oh mi vida que vive sin vivir, ¿cómo puedes tenerme?»

Nuestro lugar de vida es él. Y sin embargo sólo en el hoy de nuestra llamada,
Él se da a nosotros. Rezar pues es habitar nuestra humanidad como el solo lugar en el que nuestro deseo y su cumplimiento hacen su camino de verdad.

La oración es una palabra que nace del encuentro. Nuestra palabra en la oración dice al mismo tiempo el encuentro y el deseo siempre creciente. Y la paradoja de este camino, él es a la vez el deseo del Otro, alimentándose todo de nuestra humanidad. Una oración verdadera es actual, humana, si toma rostro en nuestras relaciones. Es hacia Dios, a la escucha de Dios donde toma tiempo la Encarnación. Ella es el camino del grito a la palabra. El camino del Verbo que en nosotros se hace carne.

La oración es el camino de la apertura al Amor.